

Esquemas de un recuerdo en tres silencios

A Leopoldo Peniche Vallado, intelectual
y crítico literario

Rubén Reyes Ramírez

Pincelar en el aire una silueta hecha de sí misma, de su propia corteza de roble y de su sombra afable, reclama el conjuro de la voz, sin otra condición que la del río que fluye y nos pone ante las manos el aluvión intacto del silencio. Hijos de este mismo limo en la memoria, venimos a este espacio, en esta orilla de encuentros, a compartir los ecos de un nombre que nos permite identificar el respeto, aceptarlo y reconocernos de algún modo en el silencio, por lo que hay de nosotros en sus arcillas limpias y por lo que sus huellas nos pueden orientar al frente de nuestros pasos en el tiempo.

PRÓLOGO EN LA VENTANA

Al maestro Leopoldo Peniche Vallado lo había leído antes; pero la lectura que me enfrentó con una curiosidad fresca, cercana al asombro, fue la de un ensayo¹ suyo —el que analiza la obra de Delio Moreno Cantón— que se nos brinda al antojo con un sugerente "Prologo en la sorbetería".

Emulando ese rasgo que esboza un escenario cultural típico de la Mérida decimonónica y aún de las primeras décadas del siglo XX, he querido abrir este primer silencio en torno a la silueta de Peniche Vallado: el dramaturgo y ensayista, con este prólogo en la ventana.

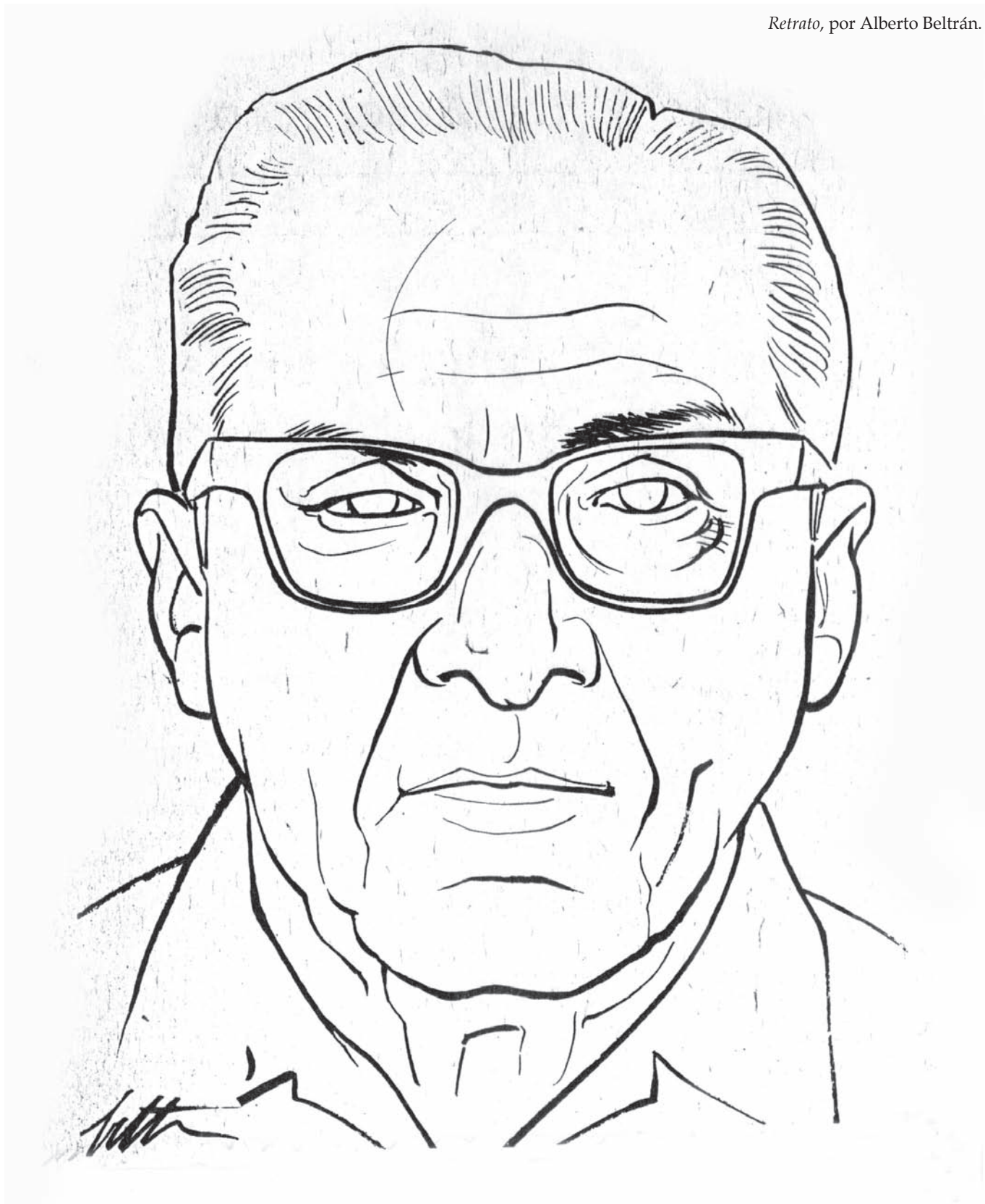
Y es que, en efecto, el prólogo de mi conocimiento personal del maestro Leopoldo Peniche Vallado comenzó justamente al pie de esas persianas de madera en su casa del barrio de Santiago. En compañía de Ariel Avilés primeramente y de Paco Marín más tarde, la escena fue esencialmente la misma: la sombra discreta del ama de llaves entreabriendo la ventana y luego, el hacernos pasar a la salita donde casi en seguida aparecía la figura parsimoniosa y cordial del maestro.

Una vez dentro, en el interior de ese universo presidido por la mirada y la palabra de don Leopoldo, el patriarca, lo demás era muy sencillo:

Rubén Reyes Ramírez. Antropólogo, doctor en Literatura, poeta y escritor. Ha publicado diversos libros, entre poemarios, ensayos y textos literarios. Es autor también de innumerables artículos aparecidos en revistas y periódicos.



Retrato, por Alberto Beltrán.



Como director de Bellas Artes durante la inauguración de una exposición. A su izquierda el gobernador Ernesto Novelo Torres (1942-1946) y el general Aureo L. Calles, comandante de la XXXII Zona Militar, entre otros.

entrar en materia resultaba tan fácil como dejarse transportar por sus preguntas y comentarios, puestos en el sitio exacto, dejados caer como sin otra intención más que la curiosidad o el deseo de información de alguien que quiere saber de ese mundo exterior del que había exiliado voluntariamente. Pero en realidad, buscaban escudriñar, hacer aflorar un punto de vista ante situaciones y asuntos que pusieran de manifiesto nuestra visión de las cosas y de los hechos.

¿Los temas? Siempre los mismos: la sociedad y sus expresiones en la política y en la literatura. O quizá

mejor, la vida social desde la óptica de la palabra y la mirada lúcida de la cultura.

¿El enfoque? Invariable también: el tratamiento cotidiano y familiar de quien conoce a fondo todas las rugosidades del camino, porque lo ha recorrido una y cien veces. Así, a medida que las informaciones —aparentemente desconocidas por él— entraban en el escenario de su comprensión, parecían ubicarse y acomodarse en un sitio previsto, cada cosa en el punto exacto del encuadre de la inteligencia.

Una entre esos "peces del aire altísimo", su voz entonces, a tramos





breves, rompía las redes líquidas del silencio:

—Los escritores en Yucatán, hemos sido todos —o casi todos, pianistas de oído. Pese a la herencia ilustre de nuestras letras, no hemos tenido el espacio formal donde se enseñe el saber del ritmo y la sonoridad, y la técnica eficaz de la palabra...

—Como hombre soy político, y la política es de personajes y de circunstancias. Como escritor por eso, soy antes periodista. No hago poemas, porque la poesía es de permanencias. Pero soy escritor: quizá por eso —se ríe—, elegí el teatro.

De este modo, en forma espontánea, con la naturalidad sencilla de lo auténtico, que no requiere anunciarse para darse a conocer, fui constatando la polifonía del perfil del intelectual de acuciosa mirada y de exhaustiva erudición; pero sobre todo, fui apreciando la generosidad del hombre que está más allá de lo bajo y lo pequeño y que al oírnos, entiende y se sonríe, y en fin, guarda silencio.

LA SILUETA EN EL TIEMPO

En el silencio de mi estudio, entre el limo de la tinta que se sedimenta en el aluvión de los papeles, busco dimensionar y escudriñar las aris-

tas en la silueta del maestro: Si algo caracterizaba este perfil era, paradójicamente, la multiplicidad en su concierto, el sentido armónico y unitario con que coexistían en su personalidad: la reflexión, la acción y la recreación estética, con un propósito vital.

Durante la reflexión de este segundo silencio, advierto su estatura a contraluz en el tiempo. Por el ensamble íntimo de sus hilos vertebrales, el corte de este perfil evoca un gesto casi renacentista, de polígrafo. Y por la ambivalencia de pensamiento y acción, se yergue en el patio de nuestros países latinoamericanos como uno de esos emancipadores del "alma nacional" de nuestros pueblos —como la llamara Alfonso Reyes— guerreros y príncipes de la república de las letras.

Es que Leopoldo Peniche Vallado perteneció a esa última gran generación de hombres del régimen de la Revolución mexicana —tales como Jesús Reyes Heróles, Narciso Bassols y Jesús Silva Herzog— que estaban íntimamente persuadidos de la vigencia de los principios del nacionalismo revolucionario y de que en su horizonte histórico, la revolución aún podía albergar semillas y frutos de cambio, especialmente tratándose de regiones como Yucatán, con un profundo regazo social.

Si fuera menester el escarpelo del deslinda, entonces en el pensamiento

de Peniche Vallado, además del político y del periodista, habría que distinguir al historiador y al literato. Y al fondo, del corazón de su palabra, habría que desdoblarse al dramaturgo y al ensayista.

De sus estudios literarios —además de sus infalibles colaboraciones por décadas en *Cuadernos Americanos*— el haz reunido en el libro *José Antonio Cisneros y otros ensayos*, publicado por la UADY en 1995, constituye un avance significativo en el rescate de su obra, el cual integra un puñado de señales que arrojan luces múltiples sobre la literatura en Yucatán. Lejos de pretender un examen de estas claridades, quiero señalar apenas que un valor entrañable de esta obra es que, mientras por mucho tiempo la escasez, casi ausencia total de la crítica indicaba el talón de Aquiles de un sistema literario en la entidad, Peniche Vallado la desplegó y sostuvo, antes que con intenciones de cátedra o de "escuelística" —como él decía— con el entusiasmo y la libertad propia del creador.

Ante sus líneas de exploración abiertas, como estudioso de nuestra literatura, me puebla este segundo silencio una visión, preñada de señales y de caminos por recorrer.

EPÍLOGO DE MEDIODÍA

Estamos en la terraza, a punto de entrar totalmente en el imperio del día.

Don Leopoldo nos ha acompañado amablemente a la reja de la entrada. Al despedirse, sólo nos dice: —Vuelvan pronto.

Hacia adentro, la escena retrocede: tras la figura cordial y parsimoniosa del maestro que se interna, la sombra discreta del ama de llaves cierra la ventana.

—Ahora sí, Paco: el sol es nuestro por entero. ¿Qué te parece? ¿No se asemeja en nada a ese "sol con sueño" de Alfonso Reyes, verdad?

—No, claro. El nuestro es el sol de Pellicer.

—Pienso en el único oasis posible. ¿Sabes cuál es el mejor epílogo de los ensayos de don Leopoldo?

—Desde luego, y puede ser el mismo que nos salve ahora: su "Epílogo en la cantina".

Caminamos sol adentro y después, ya en la sombra, con los vasos en las manos, aletea entre nosotros, que ahora hacemos el tercer silencio, ese "pez del aire altísimo", que es la voz de don Leopoldo:

Entre la sorbetería decimonónica y la cantina de nuestros días, hay un puente de media centuria de

evolución en la vida de Mérida. Dos centros de reunión de los meridianos que corresponden a dos categorías diversas de ética social. (...) Dos generaciones, dos preferencias. Ayer la calma del espíritu, (...), la despreocupación, (...), el equilibrio, la euforia; hoy la neurosis, la exacerbación de una sensibilidad enfermiza; el desconcierto, las urgencias obsesivas, todo, en fin lo que crea en el ser la necesidad orgánica y psíquica de desligarse, momentáneamente siquiera, de tantas rutinas torturantes. Por eso, si el hombre de ayer tomaba sorbete, el de hoy

prefiere cerveza. ...despeja los sentidos y euforiza el espíritu.

Y la voz en el aire gravitando, despertaba un juego de espejos sobre nosotros que rompía las redes líquidas del silencio: de este último silencio que es un aura, o un halo clandestino de respeto, y en el fondo, una brizna de memoria, una sencilla gota de recuerdo.

Mérida, octubre 22 de 2006

NOTA

- 1 Peniche Vallado, Leopoldo, *José Antonio Cisneros, poeta, dramaturgo y servidor público*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1996.

En una antigua casona meridana (1945?) en compañía del gobernador José González Beytia, Rodolfo Concha Campos, Humberto Lara y Lara, Armando García Franchi, Renán Irigoyen y Ricardo López Méndez, entre otros.

